



LA LEYENDA DE XONEYA

José Cases Aparicio

En el altozano donde se asienta la iglesia y las casas colindantes que forman la plaza, junto al palacio, había en tiempos remotos una muralla que defendía especialmente la magnificencia del palacio, habitado por un moro alfaquí, que regentaba a un grupo de moros agrupados en cuevas y chozas miserables, adosados a los muros de la parte del río, que por entonces discurría a pocos metros de la fortaleza. Este moro, cuyo nombre se ha perdido en los entresijos de la historia, era un hombretón fornido, inteligente y astuto, que usaba con frecuencia el látigo y el alfanje para hacerse respetar y enriquecerse a costa de aquellas gentes miserables que trabajaban la tierra de la cual recogía considerables beneficios.

En la parte Este estaba la puerta principal de la muralla, siempre fuertemente custodiada por moros adictos; y al norte había una pequeña poterna, con sólidas cerraduras, que apenas distaba unos diez metros del remanso del río.

El paisaje, por la parte suroeste era desolador; por un lado, el barranco—hoy calle Mayor—orillado de una maraña selvática y de bosque, y al otro lado el cauce del barranco del Palmar, casi cegado por la maleza y los juncos, hasta su desembocadura en un pequeño estuario en el río.

El subsuelo del palacio fortaleza tenía amplias estancias donde se almacenaban los cereales, armas y cueros para las transacciones con los mercadillos circundantes, como era, entre otros, los Xayar, las alquerías de Asueva y Mosquera y el mercado de Perlina, que era el más concurrido; también estaban las alquerías de Xabin, que habitó en los montes de Palomera y en la cueva de La Cambra, la de Escales, la de Ferrer y la de Hontanar; de lo que se deduce que la comarca

era rica en transacciones de todos los productos de la tierra y especialmente del ganado, que los habitantes de la comarca cultivaban con preferencia.

Este enclave de población, que en tiempos muy remotos pudo ser romano, como se ha demostrado por múltiples hallazgos, que sería obvio mencionar aquí; pero como muestra puede significarse, el descubrimiento de un castro romano en el Monte Gómez, por el erudito arqueólogo don Herminio Fornes, pudo ser un punto de enlace entre la rica ciudad de Sagunto y la antigua Segóbriga—de cuyas alianzas ha hablado tantas veces la historia—, con el fin de contener a los fieros guerreros turfuletas que, aprovechando los caminos naturales que les brindaba la cuenca del río Perkes—que después de llamó Palancia—, hacían frecuentes incursiones con resultados catastróficos para los habitantes ubicados a lo largo del río, llegando muchas veces hasta los caseríos desparramados por el campo saguntino.

Desde la puerta principal de la fortaleza salía un camino que, bordeando la muralla, se internaba por la orilla del río hasta los ricos manantiales de Las Fuentes; un lugar acogedor, rodeado de arboleda, que era lugar de esparcimiento del Alfaquí y de los personajillos que lo rodeaban, donde se celebraban fiestas, con danzas y cánticos de alabanza al supremo Alá, durante los meses de buen tiempo, y donde los oscuros habitantes que moraban en las chozas y cuevas adosadas al muro de la fortaleza, tenían prohibida la entrada; eran los desheredados que habitaban en el pequeño suburbio, fuera de la fortaleza, en los terrenos que hoy ocupan las calles de Tres Revueltas y de La Hombría, dedicados al cultivo de la tierra y al pastoreo, siendo su deporte favorito, la pesca; pues el río pasaba a

pocos metros de sus habitáculos, aunque ahora, en el transcurso del tiempo, se ha ido alejando hasta el otro extremo del cauce.

Soneja, por lo que sabemos, ha sido siempre un rincón apacible, rico y codiciado por sus convecinos, enclavado en el camino por donde la Celtiberia llevaba cereales, metales y pieles para trocarlos con los ricos mercaderes saguntinos.

El rico alfaquí, que moraba en este lugar, tenía una favorita que distinguía entre todas las mujeres que lo rodeaban; una joven comprada en los mercados de esclavos de Sagunto; era una jóven de unos dieciocho años, culta y hermosa como un ángel del Paraíso, que cultivaba el canto y la danza con artística maestría; podría decirse que era la conjunción de las musas Terpsícore y Euterpe. Se llamaba Sonia; y según decía, era originaria de la isla de Samos, Grecia, y era hija de una familia de ricos mercaderes de dicha isla, que fueron sorprendidos y apresados por los piratas, cuando navegaban por el mar Egeo con dirección al puerto de Tesalónica, y que después fueron vendidos, por separado, en distintos mercados de esclavos, como era frecuente en aquellos tiempos.

Al principio, el amancebamiento con aquel tirano, transcurría plácidamente, aunque ella tuvo que adaptarse a los caprichos y extrañas costumbres de su dueño. A los dos años de convivencia con él, quedó embarazada, y puntualmente dio a luz una niña, que él recibió con gri-

tos y blasfemias, que no son para dichas, porque él esperaba un varón, una esperanza generalizada entre las familias del Islam, que desprecian el nacimiento de una niña; por este motivo, llenó de improperios a su favorita y ordenó que se llevaran a la criatura lejos de allí.

La madre, viendo la brutal actitud de su dueño, y ante el temor de que la hiciera desaparecer, entregó la niña a una mora joven que había dado a luz por aquellos días, con el fin de que la amamantara y cuidara, alejada del Palacio. A partir de entonces, el afecto que el tirano sentía por su favorita se enfrió, degenerando en el desprecio y malos tratos, que ella no pudo soportar por mucho tiempo; pues los tres años que vivió, después de dar a luz, fueron un infierno para ella; solamente las frecuentes visitas que hacía para ver a su hija, a espaldas de su dueño, la sostuvieron en pie hasta su muerte.

La niña se llamaba Sonia, como su madre.

Cuando tenía diez años, el citado Alfaquí giró una inspección por las viviendas de sus súbditos y le llamó la atención, la belleza y la dulzura de una niña rubia y de ojos azules; y aunque mal vestida y calzada, como aquellas pobres gentes, había algo en ella que le recordó vagamente a su antigua favorita; y caso insólito en él, cuando trataba con aquellas gentes miserables y subordinadas; se acercó hasta ella, que temerosa se abrazaba a la cintura de la mora que la había adoptado, posó su manaza rústica sobre aquellos cabellos



rubios y abundantes, y con un amago de sonrisa, que más bien parecía una mueca, puso en su mano una moneda de plata, con gran sorpresa y regocijo de la «madre».

Como el tiempo no perdona ni a los buenos ni a los malos, el Alfaquí, que ya había rebasado los cincuenta años, empezó a sentirse solo, a pesar de los refinamientos y placeres que siempre tuvo a su alcance. A veces, en sus momentos de soledad, que eran muy pocos, recordaba la mirada dulce de los ojos azules de aquella niña rubia, que había visto días antes, hasta que por fin decidió llamar a la mora y a la niña que había visto en las chozas cerca del río. La mora, aleccionada seguramente por la difunta Sonia, se mostró remisa y temerosa al contestar a las preguntas que su dueño le formulaba; pero al fin le confesó la verdad, esperando ser castigada al mismo tiempo que enjugaba sus lágrimas con el dorso de la mano. Entonces el Alfaquí la tranquilizó; le dio una pequeña bolsa con monedas de plata y le dijo que volviera con los suyos y dejara la niña con él.

Pasó el tiempo y la pequeña Sonia se hizo mujer; estaba dotada de la clásica belleza, la bondad y el talento de su progenitora; era una belleza auténtica y su cuerpo, maravillosamente proporcionado, atesoraba una perfección armoniosa verdaderamente singular. Su padre la cuidaba y guardaba como un tesoro porque era la admiración de todos los personajes notables que visitaban la mansión señorial, y también de todas las gentes humildes que la rodeaban.

Puede decirse, que con su belleza, su cariño y la entereza de su personalidad, logró aplacar en cierto modo la brutalidad y la tiranía de su progenitor, hasta el extremo, que sin recatarse de su padre, visitaba las humildes viviendas de aquellas gentes explotadas que rodeaban la fortaleza y les ayudaba cuanto podía.

Las gentes del poblado la adoraban; al principio la llamaban, quizá por un defecto de pronunciación, o porque el nombre les resultaba más eufórico y cariñoso, "La Pequeña Xoneya", y después, cuando se hizo mayor, «La Princesa Xoneya».

Quizá por un milagro de la historia, a través del tiempo, el eco legendario de este nombre fonético y misterioso, enraizado en los orígenes de este hermoso lugar, que hoy llamamós Soneja, ha llegado hasta nosotros como un ramillete de rosas frescas.

